

EL DEFENSOR DEL OBRERO

DEL NATURAL

—¿Quién eres tú? Tu fisonomía no me revela tu estado, ni tus manos me dan a conocer tu oficio, ni tu manera de discursar me enteras de tu profesión o carrera.

—Yo soy el amigo de los obreros.

—¿En qué taller trabajas?

—En ninguno... Yo soy el amigo de los soldados.

—¿A qué batallón perteneces?

—¿De qué Cuerpo formas parte?

—De ninguno... Soy el amigo de los agricultores.

—¿En qué lugar, aldea o pueblo labras la tierra?

—En ninguno... Soy el amigo de los que sufren.

—¿A qué hospital vas a cuidar los enfermos, a qué boardilla subes a enjugar las lágrimas de los que lloran, en qué cárcel penetras a prestar auxilio a los presos?

—A ninguna... yo soy el amigo del pueblo.

—Y qué haces en favor del pueblo?

—Publico periódicos que el pueblo compra, organizo banquetes que otros costean, asisto a mítines, fundo clubs, pronuncio discursos. En otro tiempo exalté al levantamiento de barricadas y reclutaba a la gente que había de ir a morir defendiéndolas.

—Pero tú no ibas.

—Es que mi vida es muy preciosa; el pueblo necesita de ella; y no era cosa de que yo la expusiera. ¿No soy yo quien le enseña al pueblo sus derechos?

—¿Y qué derechos son estos?

—Que él es amo; que debe destruir la autoridad, no creer en nada, destruir la propiedad, hacer que desaparezca la organización social existente y sustituirla por otra en que él será completamente feliz, porque yo, su amigo, el defensor de sus derechos, ocuparé el primer puesto. No tengo esposa, ni hijos; apenas si conozco a mis padres y hermanos; no creo en nada;

no tengo nada. Por ahora, el pueblo me mantiene, a cambio de mis discursos o de mis artículos de periódico y así lo paso bien. No me inquieto por nada; profeso la moral independiente, en virtud de la cual no me someto a ningún deber. Lo que deseo es ser poderoso y rico...

Estudios Sociales

LA PRECAUCION SUPREMA

Sentados en un ángulo del salón, le lanzó ella de pronto esta pregunta:

—Pero ¿qué idea te dió de ser militar? Y él, sin salir de su embobamiento de enamorado, que se trasladaba en la mirada, en el gesto, en la vez, en todo, protestó.

—¿Y tú me lo preguntas?... Y si no hubiera querido ser artillero, ¿hubiera ido a Segovia? ¿te habría conocido? ¿te habría querido?

—¡Bueno!—insistió Teresa;—no se trata de eso; yo quiero saber por qué, por qué...

—¡Chiquilla, qué sé yo!... Lo llevaría en la sangre, como otros el ser abogados, curas, ingenieros, dentistas...

—Quizá por eso mismo, Teresa, porque desde chico me sentí guerrero, porque soñaba con armas, con banderas, con ataques, con todo el romanticismo de las más gloriosas epopeyas... Mi padre me decía: «pequeño tú has de ser arquitecto»... ¿Arquitecto? ¡todo lo contrario!...

—¿Y ahora te llaman a la guerra!—exclamó ella con un suspiro, impregnado de lágrimas.

—¡Mujer, no seas tonta, no llores!—le suplicaba él, intentando acariciarle las manos.

Al otro extremo del salón, mamá y las hermanas de Teresa se entretenían con labores de punto en torno de una linda y familiar mesa microscópica.

Luciano parecía que rezaba. Tal era su tono de suplicante y dulce.

—No te aflijas, no temas y te quiero y te querré siempre... No me pasará nada, volveré de África, ascenderé y haremos nuestro nido... Tu recuerdo irá siempre conmigo como talismán, como una reliquia... Te llevo en mi memoria y en mi corazón...

No tengas miedo...

—¡Sí, sí que lo tengo!... Y tú debes de tenerlo también.

—¿Miedo? ¿de qué?—decía él, asombrado.

Ya puedes figurarte... Cuando se ama, se tiene miedo a todo...

—¡Oh, eso sí que no!—refutaba él riendo;—además, que yo tomaré toda clase de precauciones.

—¿De veras?... ¿toda clase de precauciones?

—¿De veras?

—¿Sin omitir el uno?

—No acertaba Luciano, a comprender tal insistencia.

—Explicáte, me tienes intrigado—Por ejemplo, una buena precaución, indudablemente la mejor de todas, el ser buen muchacho...

Luciano la interrumpió riendo:

—¿Que salida! ¿es que no lo soy ya?...

—El ser un buen muchacho—prosiguió ella imperturbable—es toda la acepción de la palabra... el ser un buen cristiano ¡es! ya está dicho.

El echó a reír más, pero su risa era un poco forzada, algo así como si hubiera sentido la leve punzadura de un sutil aguijón y no quisiera confesar la secreta inquietud.

—¿Es que soy un hereje?... Además que no siempre se tiene tiempo para todo. Y en la milicia me nos.

—Con todo, yo sé de compañeros tuyos, que oyen miedo, que comulgan, que son buenos cristianos... Y tú, Luciano, tú que vas a verte pronto en no pocos peligros, que te pueden herir, que te pueden matar.

Ya no reía él. Tan solo se obstinaba en decir:

—¿Morir? ¿morir?... ¿y qué?... Al fin y al cabo, tendrá que llegar eso.

Ella, fingiendo enojos, lo acusaba:

—¿Hublas así?... ¿sin más?... Es que ya no me quieres...

—¡Oh, Teresa, no, no digas eso!... Si soy bueno, si aun lo seré más, si por tí yo soy capaz de todo, si le rezo a la Virgen como me enseñó mi madre desde niño...

—Entonces—exclamó ella radiante—¿aceptarás para llevarla al cuello una medalla mía y querrás comulgar antes de la partida?

Mamá y las hermanitas, que ven, pero no oyen, sonrien y se dicen cuchicheando:

—Va eso fino.

Pocos días después, en la nave profunda del Sagrario de la iglesia mayor.

Es la misa primera.

Es la aurora, ornándose en luz suave a través de las polleromas vidrieras.

Es la piedad diligente y extática de las almas seicotas.

Es Luciano, de sorpresa en sorpresa.

La sorpresa primera del joven artillero es lo fácil que le ha resultado el confesarse y la infusión de paz, de serenidad, de valor que experimenta.

La segunda sorpresa es su Teresa, a la que no esperaba junto a él en este instante de íntima renovación y de salud. Sin palabras, se advierte que ella ora:

—Que DIOS te guarde de todos los peligros de la guerra, que te sostenga valiente en el combate, que todos tus sacrificios, hasta el de la misma vida, si El lo quiere así, sean para el bien de la Patria...

La tercera sorpresa es el encuentro junto al comulgatorio con otros compañeros, oficiales del mismo regimiento, tan majos, tan devotos, tan apuestos.

Al acercarse a recibir a DIOS, no ha sabido resistir al impulso de estrechar la mano de uno de ellos y decirle al oído con alegre satisfacción que rebotaba:

—¡Pero, ladrones! ¿quién también vosotros?...